

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

La vida política

En medio del bullicio que producen los discursos de los hombres políticos nos acordamos de nuestro estado económico; el proyecto de empréstito que han empezado a ocuparse los ministros nos ha vuelto a la realidad y nos ha recordado el déficit enorme que pesa sobre nuestro presupuesto y que al fin se va a saldar como esperábamos: con nuevas emisiones de papel. Esto debe hacer meditar a los pocos espíritus belicosos que hay en nuestra patria; no se puede hoy ser guerrero sin mucho dinero en el bolsillo; las batallas son de monedas de oro; el que posea la última será el vencedor; el que no tenga ninguna habrá de aguantar lo que sobre él sobrevenga.

Parece que al fin se han limado las asperezas que habían surgido entre los señores Dato y Romanones a propósito de la intervención y la neutralidad; menos mal; por medio de declaraciones entre sus amigos han llegado a convenir en la obligación de mantenernos neutrales, aunque cada uno entienda, allá in pectore, la pasividad nacional en distinta forma. Nosotros tenemos más fe en el instinto del pueblo que en la sensatez de los políticos; algún ministro ha hablado, sin embargo, de la posibilidad de llegar a la previa censura si la prensa cometiera imprudencias respecto de nuestra política internacional. ¡La guerra! ¿Está seguro el gobierno de que las imprudencias que hay que lamentar en este asunto son de la prensa precisamente? ¿Es la prensa la que ha dictado el temerario discurso del señor Lerroux en Canarias ó el discurso perfectamente antidinástico del señor Melia en Madrid?

Bien sabe Dios y en estas columnas lo hemos demostrado que no tenemos ese espíritu de cuerpo de que alardean muchos periodistas y que no somos parcos en censurar a la prensa cuando ésta lo merece a nuestro juicio; pero tampoco se nos ocurre la vulgaridad frecuente en los políticos de culpar de todas las desgracias y de todos los fracasos a los periódicos. Seguramente que muchos españoles y muchos periodistas ignoran hasta dónde ha llegado en España el rencor de algunos políticos contra los periodistas. Hay un caso típico en el periodismo español. El ilustre historiador, don Modesto Lafuente, publicaba en Madrid su famoso semanario Fray Gerundio, al á por el año 38 del pasado siglo. Era ministro de Hacienda el marqués de Montevirgen y fué objeto, como los demás ministros, de algunos mortificantes ataques del popularísimo periódico.

Había entonces frecuentes asonadas ó motines provocados por las luchas de exaltados moderados y absolutistas, duraban horas nada más, pero servían para mantener el ánimo de las gentes en la mayor intranquilidad. Ocurrió uno de éstos y á los dos días Fray Gerundio fué preso por la autoridad militar (se ha labado Madrid en estado de sitio) y conducido al Ayuntamiento de Carabanchel á esperar el resultado de la causa que se empezó á formar en aquel momento. ¿De qué se acusaba al único historiador español contemporáneo! ¡na friolera! De haber capitaneado el motín, de haber tratado de asesinar al marqués de Montevirgen y de haberle robado algunas onzas, varios papeles y «dos camisas á medio empacar». Así las gastaba la policía en aquellos tiempos para servir á los ministros á quienes molestaba el periodista.

Por fortuna, repetimos, se hallaba Madrid en estado de sitio y quien tenía que juzgar al notable escritor eran dignos militares, hombres de honor por vestir el uniforme del ejército ó incapaces por lo tanto de someter á ser instrumento de las pasiones de los gobernantes, y la prisión de Fray Gerundio no duró ni media semana porque el juez militar le puso en libertad ante las ridiculeces que constituían la denuncia. Sirva el caso de ejemplo de los excesos á que se ha llegado en otras épocas contra los periodistas; ahora ya no hay ningún gobernante que atribuya al director de un periódico modesto el robo de sus camisas; pero surgen amenazas como esa de la previa censura por el afán de arrojar el espejo en vez de arrojar la cara, que es lo feo y lo vilible.

La impunidad parlamentaria fuera del Parlamento es una doctrina que continúa haciendo estragos porque no hay modo de atajar las lenguas que comprometen, ni los acentos que siembran el odio contra naciones amigas; los diputados y senadores pretenden que la Constitución les conceda en el ejercicio de sus funciones y como en los mitines no hay campanilla presidencial que los someta y a policía no se atreve á amonestar es la impunidad que convierte en impunidad en esos actos públicos, que es á lo que aquí aspira todo político y casi casi podemos añadir todo español. No creemos que adopten medidas de rigor contra la prensa dado que en el actual ministerio hay por lo menos tres periodistas profesionales y de abolengo; ellos conocen bien la teoría que estamos sustentando; los periódicos, en casos como el presente, son la pantalla en que se di-

buja lo que ciertos personajes pretenden que aparezca. Estos son los que deben contener sus asertos en primer término y los que tienen más obligación que nadie de no comprometer á su país con una oratoria más ó menos amena y teatral.

Otro mal puramente español es el discurso: por decir algo retóricamente bello no se titubea en lanzar una frase imprudente que compromete los intereses de un partido ó los de la patria. De esto hay numerosos ejemplos en nuestros anales parlamentarios. Sólo los hombres de una gran altura cuidan del daño que pueda causar su palabra y la miden y pesan antes de ser oída; el vulgo de los oradores no tiene estas consideraciones ni estos miramientos; al deseo de hacer un hermoso párrafo, se sacrifica la verdad, se altera la historia y se cometen contra el adversario las mayores injusticias. Este tema podría desarrollarse en un tratado sobre la psicología del orador que está haciendo mucha falta en España á fin de que se divida definitivamente en dos clases á los hombres de fácil palabra: la de los que hablan bien para servir á su patria, y la de los que hablan bien para servirse á sí mismos. El público desgraciadamente no distingue, y de ahí los males que suele originar la verbosidad cuando no la dirige un espíritu recto y una conciencia impecable.

Hace ya mucho tiempo que se desembarazaron las picardías de Mirabeau, que arboró á un contemporáneo con una elocuencia vendida, y todavía la humanidad suele aceptar al orador sin discusión ni exámen de sus intenciones y móviles, ateniéndose sólo á la belleza de la forma. Puestos de acuerdo ya los dos partidos gobernantes acerca de la neutralidad, sólo le falta al país que lleguen á un convenio en lo que se refiere á la alimentación de los españoles. No se pasa una semana sin que la subida del pan produzca en determinada localidad el motín correspondiente, seguido de desgracias en que son víctimas ó los manifestantes ó la fuerza pública.

El señor Dato ha descubierto que estos conflictos son organizados por agentes extraños á las localidades donde surgen encargados de provocar alteraciones del orden público. ¿En nombre de qué ó de quién funcionan esos agentes del motín? El señor Presidente del Consejo es por lo visto sensible á los rumores que circulan en cafés y c sinos respecto de los agentes de potencias beligerantes que están en España repartiendo el oro á expuestas para meternos en la guerra y para provocar conflictos. Jamás el absurdo ha llegado á ser creído como ahora lo es por una porción de compatriotas.

Las monedas de oro, que los beligerantes necesitan para sí, han llegado á esta bendita Península donde hemos saca lo á subasta nuestras simpatías y todos nos hallamos dispuestos a sumarnos como fijos ó como fobos con quien mejor lo pague. La historia se repite: hemos vuelto á los tiempos en que todo se atribuía al oro inglés en España con la diferencia de que ahora el oro llueve de diversas naciones sobre nosotros: Júpiter nos ha tomado por Danae. Es una fantasía ésta propia para entretener el hambre que por diversos puntos de la Península hace su terrible aparición como hemos dicho.

Con permiso del señor Dato creemos que el agente mayor de desorden que anda hoy recorriendo nuestra patria es la falta de subsistencias que cada día se nota; más a pesar de las leyes, decretos, Juntas y juntas que se han creado para que no nos falte el pan de cada día. Y de esto tiene la culpa el gobierno exclusivamente.

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

Cotidianas

¿Se puede pasar? Esta preguntita hay que hacerla, no sólo cuando se entra en una dependencia de casa habitada, sino también cuando por necesidad ó por recreo transitamos por las Ramblas de Barcelona. Porque hay que ver, señores míos, los apuros que el paseante sufre para pasar por la Rambla del Centro estos días.

Están pavimentándola, como ustedes saben; y ocurre el caso curiosísimo de que no se puede pasar por ninguna parte. El paseo central está intrasitable por las obras que en él se realizan y por la cuerda que, sirviendo de valla, lo circunda; los arroyos son para los tranvías, coches, automóviles, side-cars, motocicletas, bicicletas, carros, carrromatos, tartanas y demás veloces vehículos bajo cuyas ruedas peligrá constantemente la existencia del pacífico viandante. Queda la acera, me dirán ustedes.

¡Ah, la acera! El café Tal, el tupi, el bar Cual, el restaurant N. la tienen totalmente ocupadas con mesas y sillas y camareros que entran y salen con bandejas y copas y tazas capaces de hacer un chichón á la cabeza más dura. De modo que como no sea en aeroplano ó por medio de recintos y pasadizos subterráneos es imposible pasar por allí.

Los señores del café del Liceo, del bar del Centro, del café de Oriente, del Tupinamba, de la horchatería, de la chocolatería, del Nuevo Liceo, del... etc., harían una buena obra desistiendo de colocar mesas en las aceras mientras el paseo central no esté por completo pavimentado.

De lo contrario, los paseantes tendremos que seguir haciendo la consabida preguntita: ¿Se puede pasar? Y el sentido común y la du-

ra necesidad nos contestarán invariablemente y sin compasión alguna de nosotros: No, señor; no pueden pasar más que los que vayan en carruaje.

Y eso ¡pardiez! no es democracia.

CAROLÍN

Cartas de un español de España á un español de América

II

Querido amigo: Tuve que cerrar á toda prisa mi carta anterior porque se me pasaba la hora de ir á los toros. ¡Qué corrida, qué faena, cuánto arte y qué filigranas! Decíale yo que oficiaba aquella tarde el Papa, y ya supondría usted que no se trataba de función religiosa alguna ni de nada que tuviera que ver con el Sumo Pontífice; pero se equivocaría usted si imaginara que aludía yo á algún torero apodado er Papa. No, amigo mío, tampoco es esto, sino que habiendo agotado ya todos los adjetivos y superlativos en la ponderación de las faenas taurinas y de los maestros de taleguilla y coleta, y pareciéndonos que lo de rey y emperador es poca cosa, á un muchacho apodado el Galilito chico—miembro ilustre de toda una ilustre dinastía de Gallos toreros—le llamamos: Papa. Papa de toda la torería, y con esto dicho está que hoy por hoy es el hombre más popular, más eminente, envidiado y admirado de nuestra admirable España.

Siempre fué esta nación aficionada á los toros y á los toreros, pero nunca como ahora. Yo no he de explicarle á usted las causas de este recrud cimiento de la afición á los cuernos, porque sería tarea larga y quizá enojosa para usted; pero es lo cierto que la tauromaquia se ha extendido de tal modo que apenas habrá en cada ciudad dos docenas de ciudadanos que no pertenezcan á la afición. Qué tal será ésta, calcúlelo usted por el espacio que la dedica la gran prensa, pulso infalible de la opinión, eco del verdadero corazón del país y de su mentalidad, según dicen. En sí lo es ó no lo es, yo no me meto, pero lo que sí puedo decirle es que apenas habrá media docena de periódicos en España que puedan prescindir del crítico taurino, mientras casi todos prescinden del crítico literario. Puede usted hoy por hoy publicar versos impunemente, sin temor al consabido palo—en lo cual ha ganado mucho el ripio que tanto irritaba á Clarín,— y puede usted dar á la estampa cualquier libro de ciencia ó de arte ó de amena literatura, seguro de que los grandes rotativos, á no ser que escriba usted sus propios pauegíricos y logre que se los publiquen, le dedicarán cuando más dos ó tres líneas en que conste el título de la obra y el nombre del autor.

Algún mayor caso harán de la obra teatral, porque es cosa que no puede pasar tan en silencio; pero todo lo demás: poesía, novela, historia, crítica, artes, ciencia en general, todo eso es como si no existiera en España. ¿No da esto verdadero gusto, no es esto signo evidéntísimo de progreso y cultura? ¿No es esto hacer patria, como dicen ahora? Porque, según parece, el no hablar de libros y sí de cuernos es lo que mejor contribuye á fortalecer el carácter nacional, cocidiéndolo en su propio jugo y batiéndolo en el yunco de su propia fibra. ¿No somos toreros? Pues á serlo con toda el alma, que no se puede ser á la vez culto y sabio y artista y tauromaco, y todo pueblo, así como todo individuo, lo que debe procurar es ser lo que es y como es con toda la intensidad posible. ¿Quién le ha dicho á usted que no constituya esto la base de nuestra futura grandeza?

Así lo aseguraba mientras me servía, uno de los pasados días, un oficial de barbero á quien yo tengo en mucho porque posee un primor de manos que le da derecho á hablar de lo que se le antoje. No extrañará usted mi alta consideración respecto de este muchacho ni el mucho aprecio que hago de su parecer en cosas ajenas á su oficio, pues pensar á usted que lo mismo ocurre en otros campos de la actividad humana, amén de que, si de las cosas de este mundo y del otro sólo hablaran los que tienen autoridad para ello, ocurriría que apenas diría nada nadie, pues los realmente sabios suelen ser, además de escasos, muy callados y circunspectos. Y luego hay otra razón y es que si los no entendidos se callaran, perdería la sociedad de los hombres uno de sus principales hechizos, que es el de la despotricación, y yo, la verdad, entre la conferencia de un pedante semi-sabio y las berradas del ignorante ingenuo, con éstas me quedo y hasta aprendo en ellas algo que no puede enseñarme el otro.

Y he aquí ahora la tesis barberil: Casi todo el mundo, es decir Inglaterra, Francia, Rusia, Italia, Serbia, Montenegro, Portugal, Bélgica, el Japón, el Canadá, Australia, la India, etc., se han levantado con las armas en la mano (y él blandía también su navaja, cosa que me tuvo un instante intranquilo) con el propósito de aplastar al militarismo alemán y proceder inmediatamente al desarme. (Como al decir esto iba á pasarme el agudísimo filo por la modesta, aunque para mí preciosa,

nuez de la garganta, le rogué que suspendiera su explanación hasta haber salido de región tan peligrosa ó que desarmara él también, y no llevó á mal la advertencia).

Claro está—continúa la tesis barberil—que cuando dicen estas cosas personajes como lord tal y mister cual y monsieur tal otro hay que creerles, porque no iban á llevar adelante guerra tan terrible sin un propósito humanitario por el estilo. Ahora bien, continúa diciendo mi interlocutor, llenándome al mismo tiempo la cara de espuma jabonosa; como al fin vencerán y cuando lo dicen personas tan graves es porque lo saben de fijo, cátese usted que dentro de un año á más tardar se acabó el militarismo, se procede al desarme, y como las armas y los ejércitos era lo que arruinaba á los pueblos, en cosa de dos ó tres años más los pueblos serán ricos y florecientes, de tal manera que no sabrán qué hacer con su dinero. Y entonces es cuando entramos en escena los españoles...

Imaginará usted, amigo mío, que mi barberil conferenciante va á repetir lo que muchos que pasan por ilustres cerebros han dicho ya, á saber: que como vencidos y vencedores quedarán agotados, seremos nosotros la nación más fuerte de Europa. Pues, no señor; mi oficial de barbero es más profundo y original y dice, sobre poco más ó menos:

En primer lugar, nuestro gobierno—y al decir esto me coge delicadamente la punta de la nariz para afeitarme el labio superior—nuestro gobierno concierda tratados con las demás naciones, en los cuales se establece que, á cambio de la importación de sus manufacturas, ellos no impedirán, por ningún concepto, la introducción en sus tierras de la afición torera, con todos sus anejos: toros, toreros, mones sabios, alguaciles y hasta ustas y nos dedamos con esto á un comercio formidable, una cosa, en grande, parecida á lo que, en pequeño, ocurre en Jijona con el turrón. Con lo cual, con dedicarnos nosotros exclusivamente á la tauromaquia, nos hacemos ricos y poderosos.

Como al oír esto me volvíese yo rápidamente á mirarle, con media cara enjabonada y la otra media rasurada y reluciente, puesto, además, maquinalmente, en jarras, conocí el hombre que la idea me había dado en lo vivo, y añadió sonriendo modestamente y con los ojos bajos:

—Y no creo decir ninguna barbaridad, porque cuando yo era chico ¿de qué vivían los italianos, sobre todo los piamonteses, sino de vender santi di guichi y de hacer bailar la marmota? Y en el Sur de Francia ¿de qué sino de amolar tijeras y cuchillos? Y así se han hecho ricos. De modo, que nuestro porvenir está en los toros y no hay que darle vueltas, y si yo fuera ministro de Hacienda mandaría á paseo á todos los que vinieran á romperme las oraciones con eso de las fuentes de riqueza y los tesoros del subsuelo. Aquí no hay más hulla blanca que la que yo le digo.

Y mientras daba fin á sus delicadas operaciones capilares y me pulverizaba con una lluvia aromática muy deliciosa en este tiempo, fué haciendo deducciones, entre ellas, la de que le es de criticar á la prensa que difunde y estimula la afición á los toros y la admiración por el divino arte de matarlos debamos todos estimularla á que intensifique cada día más la propaganda y no se ocupe en otra cosa, y excitar el celo del gobierno para que, puesto que de todos modos se va á proceder al desarme se adelante al resto de Europa y destine todo el presupuesto de guerra y marina á fundar escuelas de tauromaquia y premios al voapié y al pase de cabeza á rabo.

Yo entonces le ayudé á él á sacar deducciones y consecuencias y le dije que para reafirmar mejor su pensamiento lo primero es procurar que nuestros representantes diplomáticos y consulares y las entidades que se ocupan en fomentar nuestras relaciones comerciales con el extranjero se dediquen exclusivamente, de hoy en adelante, á de pertar la afición al cuerno por toda Europa y América é instituyan Cámara oficial es pour l'encouragement de la Tauromaquie y for to spread of bull-baiting que, como la afición les centre á esos países del Norte y del Centro de Europa, no habrá bastantes españoles para correr toros ni bastantes cuernos para que nos salgan á par para cada uno.

Y me despedí de mi barberil arbitrista, diciéndome para mí sayo que al fin y á la postre tiene el chico más ideas y más sentido común que algunos políticos ó por lo menos bastante más iniciativas; pero, por lo que pudiera ser, he resuelto dejarle toda la barba.

Otro día será más congruo su amigo affmo.

ANGEL RUIZ Y PABLO

LA VANGUARDIA recuerda que no puede devover os originales de trabajos no encargados que se le envíen para su publicación, ni mantener correspondencia acerca de los mismos.